DOMINGO VI DE PASCUA –A-
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

Hechos de los apóstoles 8, 5-8. 14-17

En aquellos días, Felipe bajo a la ciudad de Samaria y predicaba allí a Cristo. El gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Cuando los apóstoles, que estaban en Jerusalén, se enteraron de que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan; ellos bajaron hasta allí y oraron por los fieles, para que recibieran el Espíritu Santo; aún no había bajado sobre ninguno, estaban sólo bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

I carta del apóstol san Pedro 3, 15-18

Queridos hermanos:

Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere; pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran vuestra buena conducta en Cristo; que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal.

Porque también Cristo murió por los pecados una vez para siempre: el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. Como era hombre, lo mataron; pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida.

evangelio según san Juan 14, 15-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros.

No os dejaré huérfanos, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él».

COMENTARIO

Habréis observado, queridos lectores, que en las tres lecturas de este domingo se menciona al Espíritu Santo, ello es debido a que la liturgia quiere prepararnos para la celebración de la solemnidad de Pentecostés que ya está cerca.

La revelación que de sí mismo ha querido ofrecernos Dios, se refiere fundamentalmente al Hijo, que incluso ha compartido su vida con la nuestra, dentro de lo que nuestra pequeñez lo permitía. Ahora bien, la Revelación no es una referencia exclusiva a esta Persona. Dios es uno y no se puede conocer exclusivamente un fragmento de su única e indeformable existencia. Contemplamos durante el año litúrgico la mayor parte de pasajes y enseñanzas de Jesús, el Hijo, dirigiendo la mayor parte de veces nuestras oraciones al Padre. Somos capaces de aceptarlo y conservarlo en nuestra mente, pero si se tratara exclusivamente de retener nociones en un rincón de nuestra memoria, no sería auténtica nuestra Fe, ni tampoco su conocimiento iluminaría nuestra total naturaleza.

Personas hay poseedoras de doctorados, masters y otras hierbas, que en la práctica dan poco testimonio con su comportamiento, de la doctrina del Maestro.

Leer, estudiar y analizar es bueno, pero insuficiente. El hombre no es un cerebro con patas, que decía aquel. La personalidad humana debe estar abierta a la trascendencia y dejarse invadir por Ella. Y esto es obra muy propia del Espíritu Santo.

Es preciso que estos días que quedan intensifiquemos nuestras peticiones al Señor, rogándole que nos envíe su Espíritu, que en nosotros permanezca y nos trasforme, nos dé fortaleza, visión sobrenatural de nuestra vida y su futuro y siempre nos sintamos responsables de lo que decimos creer y ser.

Observaréis, queridos lectores, que no existe entre los discípulos que menciona la segunda lectura de la misa de hoy, ni envidia ni reserva alguna. Le misión del diacono Felipe se complementa con la de Pedro y Juan. En cambio ¡cuanta eficacia se pierde entre nosotros al querer conservarse para sí lo que del Señor ha recibido, sin que nadie más intervenga en la misión que cree es deber suyo cumplir! ¡cuanta ineficacia se deriva de ignorar a los que nos rodean y profesan nuestra misma Fe! Dios quiso salvarnos escogiéndonos como colaboradores suyos, esta elección es universal, no privilegio de nuestro y cuantos no se fían de los demás, los otros que podrían incorporarse en la misión que nos creemos nuestra, siendo suya, que se ofrece y encomienda en comunidad, para multiplicar su eficacia. ¡cuanta envidia desluce muchas buenas acciones, que se convierten en menos buenas por ello.

En la segunda lectura se nos dice que estemos *"siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere"* es hora de que cada uno se pregunte ¿saben los demás, aquellos con los que me relaciono, que soy cristiano y que por ello soy como soy?.

Sin llegar a frustrar la personal individual, que otras doctrinas religiosas así entienden y predican que cual límpida gotita va dirigiéndose al ancho y puro mar y en él se pierde, el Maestro nos dice: *"El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama lo amará mi Padre,*

y yo también lo amaré y me revelaré a él", sin suprimirlo, añado, aunque Él no lo diga.

No nos deja solos el Maestro. Nos promete la compañía del Paráclito. Sé que no es exacto y que nadie me tache de hereje, pero de alguna manera trato de explicarme. Es como si anunciara que cuando de inmediato vuelva llevará otro vestido, que sin duda será más adecuado para las próximas vivencias. La Fe sorprende siempre o es muy pobre fe.

Me ilusiona tanto la próxima solemnidad, preparo tantas cosas en mi mente, que a veces me parece que ya estoy sumergido en el ambiente de Pentecostés. Tal vez es que ya es así.

Si soy fieles a los planes de Dios, queridos amigos lectores, vuestra vida no será vulgar, en vuestra mente germinará y crecerá la felicidad, siempre viva y renovada.